

sus pastores, ó un ejército subordinado á su jefe, siendo el fundamento y el centro comun de estos dos lazos de la union de la Iglesia Católica, el Vicario de Jesucristo, el Romano Pontífice. El es maestro infalible de la doctrina, y nunca seremos extraviados por opiniones engañosas, si inmobiles creemos lo que él enseña, condenamos lo que él condena. El es igualmente en la tierra el jefe de esa augusta jerarquía, que ejerce el poder espiritual en la Iglesia: nunca nos apartaremos del pueblo de Dios, si obedecemos dóciles al que no solo tiene poder para gobernar á las ovejas del Salvador, sino tambien á los pastores inferiores. Conociéndolo así los enemigos de la religion católica, para combatirla, comienzan siempre por atacar al Papa; para herir á la Iglesia dirigen sus primeros tiros al que es su cabeza en la tierra; no omiten blasfemias horribles, sofismas sutiles, calumnias sacrílegas, insultos viles, burlas impías, para hacer creer á los pueblos incautos, que el Papa es un superior odioso (si no es quo tambien lo presentan como un usurpador injusto), cuyas órdenes siempre se han de ver con desconfianza; como un Soberano ambicioso, interesado y aun ridículo; como una institucion desproporcionada para los presentes siglos, que solo pudiera ser admitido y respetado, por la ignorancia y supersticion de los pasados. Bien saben que de este modo pronto serán las ovejas despojos de sus crueles enemigos, si se rompe el lazo que las une, y no durará mucho este lazo si se les hace sospechosa la voz de su Pastor, despreciable y aborrecible su cayado. Por el contrario, Dios que ha dispuesto el que su Iglesia dure hasta la consumacion de los siglos; Dios que le concede tantas victorias como combates, y tantos trofeos como enemigos, la sostiene y fortifica estrechando la union de los fieles con su cabeza visible, y hace que en todos tiempos la voz del sucesor de Pedro haya unas veces preservado á los pueblos del error, otras los haya desengañado: la augusta union de la fe está intacta cuando los fieles dicen con los Padres de uno de los primeros conci-

lios: “ Ha sido conocido por todos los siglos, que el Santo y bienaventurado Pedro, Príncipe y cabeza de los apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia Católica, recibió de Nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Redentor del género humano, las llaves del reino, el poder de atar y desatar los pecados, el que permanece hasta ahora y permanecerá siempre en sus sucesores, y es ejercido por ellos (1);” con esto siempre ha resistido á sus enemigos; y ahora cuando la humanidad se adelanta á unos tiempos que se anuncian de un modo tan amenazador; en el momento en que la Iglesia pelea con terribles enemigos, y ve venir otros aun más poderosos, viene en su auxilio el que es su Esposo y su Dios, aumenta su fuerza, estrecha su union, haciendo que se defina el dogma de la Concepcion Inmaculada de la Virgen. Sí, hermanos míos, este es el admirable efecto que produce, porque al confesarlo damos un enérgico testimonio de nuestra sumision al Romano Pontífice, con lo que se reanima el principio de vida y de fuerza que sostiene á la Iglesia. No, no creais, hermanos míos, que en las solemnes funciones que ahora se celebran en todo el mundo católico, solo confesamos á la Madre de Dios inmaculada en su Concepcion, y únicamente reconocemos los inmensos bienes que en su dichosa alma se siguieron á este primer privilegio: tambien venimos á reconocer la autoridad al legítimo vicario de Jesucristo, y admitirla con todas sus consecuencias. ¿Confesamos ser de fe que María fué concebida sin pecado, como lo ha definiendo el Romano Pontífice? Pues en el mismo hecho reconocemos que el Sr. Pio IX es legítimo sucesor del Sr. Gregorio XVI, y este gran papa de Pio VIII, y subiendo por la

(1) Nulli dubium, imo saeculis omnibus notum est, quod sanctus beatissimusque Petrus, Apostolorum Princeps et caput, fideique columna et Ecclesiae catholicae fundamentum, a Domino nostro Jesuchristo, Salvatore humani generis ac Redemptore, clavis regne accepit, solvendique, ac legandi peccata potestas ipsi data est, quae ad hoc usque tempus et semper in suis successoribus vivit et iudicium exercet. Conc. Ephes. anno 431. ac. 3.

serie no interrumpida de los Sumos Pontífices, unimos á Pio IX con San Pedro, reconociéndolo por su legítimo sucesor: es decir, confesamos que en él reside actualmente todo el poder que Jesucristo confirió al primero de sus apóstoles, entregándole las llaves del cielo, estableciéndolo por piedra fundamental de la Iglesia; por lo mismo que el Sr. Pio IX ha heredado las promesas, los derechos, los títulos, la dignidad de aquel primer papa, por los que justamente exige la obediencia, el respeto y el amor de todos los católicos. Luego se sigue, hermanos míos, que si hoy por haberlo él definido, confesamos ser de fe que María es concebida sin pecado, se sigue, digo, que el Papa cuando habla á la Iglesia como su jefe y como Vicario de Jesucristo declara lo que es de fe, es infalible, y es el órgano verdadero del Espíritu Santo para explicar las escrituras y tradiciones; luego tambien se sigue, que debe ser creído cuando condena las opiniones y los escritos, pues tan infalible es en definir verdades como en condenar errores. Si hoy obedecemos un decreto en que el Papa nos manda someter nuestra razon á la fe, sofocar toda duda, condenar todo lo que se oponga á lo que define, luego el Papa tiene un poder supremo sobre toda la Iglesia Católica, poder independiente que no ha recibido de los hombres sino de Dios, y que puede ejercer libre y soberanamente en todo lo que comprende la inmensa esfera de su jurisdiccion en el órden espiritual y religioso. Luego debe ser obedecido por todos los católicos como Vicario de Jesucristo; debe ser honrado con nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros escritos, hasta con los más ocultos sentimientos de nuestra alma, como que representa en la tierra á nuestro divino Salvador: debe ser obedecido como nuestro Pastor supremo en la tierra; debe, en fin, para comprender en dos palabras todas nuestras obligaciones, debe, digo, ser amado con sincero y filial amor por todos los verdaderos católicos, como Padre comun de los hijos de Dios, y el ministro á quien Dios ha confiado el gobierno de su pueblo,

depositando en él tanto poder, tanto honor, tan grandes cargos, el precio de su sangre, los tesoros todos de su Iglesia. Para negar que la Virgen Santísima fué concebida sin pecado, es necesario dejar de ser católico, pues ya está definido por el Papa ser verdad de fé; para negar las consecuencias que acabo de deducir de esta definicion, es necesario dejar de ser racional; y es preciso caer en la ceguedad de una ignorancia estúpida, ó en el frenético furor de los filósofos falsos é impíos, para no conocer todo el valor y eficacia del gran testimonio que Dios ha hecho dar á la Iglesia Católica en favor del Papa, recibiendo y solemnizando su definicion.

Tanto más eficaz y glorioso ha sido, hermanos míos, cuanto que para dárselo, Dios se ha valido de los mismos principios que hoy se enseñan con más empeño en el mundo, y los enemigos de la Iglesia admiten como dogmas de filosofía y política. Se nos dice continuamente que el pueblo es el único soberano; que él solo tiene derecho para imponerse las leyes que guste, ó someterse á las que los sabios le propongan; que es infalible en la eleccion de las que lo gobiernan, de modo que su voto legitima á todo gobierno, magistrado ó monarca á que se somete, ó bien priva de todo justo derecho á quien niega este voto; que su instinto es tan acertado que jamás puede admitir instituciones ó principios contrarios á su verdadero bien, ó indignos de su soberanía. Dios ahora ha querido valerse de ese poder popular, pues es el único que al menos en sus palabras admiten los enemigos de la fe y de la religion, para hacerlos inexcusables confundiéndolos con sus mismos principios. Con la declaracion dogmática de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen, parece haber hecho, por explicarme así, una apelacion al pueblo; ha propuesto á la aceptacion libre y reconocimiento espontáneo (pues la gracia que mueve al asentimiento de la fe no nos priva de la libertad) de los católicos, toda la doctrina, todo el culto, todo el gobierno establecido en su Iglesia, porque todo esto se comprende de algun mo-

do en la autoridad y derechos del Papa, como todas las partes y vida del cuerpo depende de la cabeza; ha propuesto en fin á su aceptación, la infalibilidad y la autoridad de su Vicario: y todos los católicos lo hemos reconocido con una sola voz, un solo corazón: lo creemos, lo obedecemos, lo respetamos, lo amamos, ha dicho la Europa, la Asia, la Africa, la América, el mundo entero; ni un solo católico lo ha desconocido, ó rehusádole el más perfecto y sublime consentimiento. Pues contemplad, hermanos míos, la actitud firme y triunfante con que el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, hoy presenta al género humano todo entero, los títulos de su supremo poder, de sus derechos, de ser maestro infalible de los hombres, de su suprema autoridad espiritual, de su primacía de honor y poder en la Iglesia: títulos reconocidos y venerados por las generaciones que durante veinte siglos han pasado rápidamente, escuchando dóciles sus palabras y postrándose ante su trono inmortal; títulos que ahora se nos decía eran falsos, indignos de este siglo de luz y filosofía, y de los hombres libres y espíritus fuertes de estos tiempos; y sin embargo estos títulos han sido admitidos, reconocidos, aprobados y bendecidos por el voto unánime, no de un pueblo solo, sino del mundo católico todo entero; no de algunos millares de ciudadanos, sino de ciento treinta y nueve millones de católicos. (1)

Contemplemos espectáculo tan grandioso, meditemos en él los designios de Dios, y llenos de los inefables sentimientos que inspira, digamos: Es de fe que María la Madre de Dios fué concebida sin pecado. A un mismo tiempo, nuestros labios pronuncian las palabras, que llaman al seno de la Iglesia á sus hijos extraviados y á sus ciegos enemigos; entonan el cántico con que se consuela en la tierra, lanzan el grito de sus combates, y cantan el himno triunfal de sus futuras victorias.

1 Este es el número de católicos que M. Balbi calcula aproximadamente, asegurando que lo hace fundado en numerosos datos que tuvo á la vista.

Acercaos ya, Exmo. é Illmo. Sr. Delegado Apostólico (1), á los altares, proseguid la celebracion de los santos misterios interrumpidos, ó más bien, continuados de otro modo con mi discurso, y ofreced al Todopoderoso la víctima sin mancha y de valor infinito, que los católicos le presentamos hoy, en reconocimiento y adoracion de su suprema grandeza que hemos conocido, y de los secretos de su sabiduría y providencia que nos ha manifestado; y en accion de gracias por los inmensos bienes con que ha enriquecido á la Virgen Santa cuya Concepcion honramos, y á la Iglesia Católica que es nuestro pueblo y nuestra familia: y pues en este gran dia vos representais en México al Soberano Pontífice, y nos haceis gozar de su presencia del modo más perfecto que es posible á unos fieles católicos colocados tan lejos de sus brazos, aunque segun creo muy cerca de su corazón paternal, dignaos recoger nuestros votos y sentimientos y hacellos llegar hasta sus oídos; constituíais el Delegado de los mexicanos para con Su Santidad. Decidle que los mexicanos lo respetan y lo aman, que sus desgracias y persecuciones nos afligen, y los faustos sucesos de su vida nos regocijan y consuelan: que recibimos con sumision sus órdenes, porque en el gran rebaño de que es primer Pastor, tiene sin duda ovejas mas ricas y dichosas, pero no mas dóciles y amantes, y que incesantemente pedimos al Señor conceda á Su Santidad una larga vida, un reinado tranquilo, la abundancia de su gracia y de sus luces; mezclando siempre á las alabanzas de la Virgen las plegarias por Pio IX. Decidle, que si entre el furor de las pasiones y la confusion de los trastornos políticos, se han pronunciado en México palabras de desprecio é insulto contra los sucesores de San Pedro, jamás estas voces de blasfemia han salido de los labios, ni menos del corazón

(1) El Exmo. é Illmo. Sr. Dr. D. Luis G. Clementi, arzobispo de Damasco y Delegado Apostólico en las repúblicas de México y Centro-América, que oficiaba de Pontifical.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

de los primeros Prelados de nuestra Iglesia, que inmóvilmente unidos con la cátedra de Pedro, sabrán preferir la persecucion, el destierro y la muerte, á la herejía ó el cisma; ni tampoco han sido pronunciadas por nosotros los ministros inferiores, que llamados para cooperar al trabajo de su ministerio, á la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo, nos creemos obligados á ser las más dóciles y sumisas de sus ovejas, y vemos con lástima y horror á los pocos, muy pocos, que dejando estas ideas han pasado al campo de los enemigos de Dios y de su Ungido, desertando de nuestras filas porque no eran de los nuestros: ni tampoco su doctrina ha sido la del pueblo mexicano, que siempre será fiel al que en la tierra es representante y Vicario de su Salvador y su Dios. Decidle, en fin, Exmo. é Illmo. Sr. Delegado, que si tales han sido siempre nuestros sentimientos para con el Vicario de Jesucristo, ahora son más ardientes, más eficaces, desde que en el día 8 de Diciembre de 1854, Dios ha unido el venerable nombre de Su Santidad á uno de los más santos, poderosos y amables para los mexicanos. ¡María! ¡Pío! hé aquí los nombres que hoy se unen en nuestro corazón con sus más afectuosos sentimientos. ¡María, la Madre inmaculada de mi Dios! ¡Pío, su Vicario legítimo, el jefe visible de su Iglesia! María es, hermanos míos, la obra maestra de la naturaleza y de la gracia entre las puras criaturas. Pío el maestro infalible que nos enseña á conocerla en el primer instante de su existencia diciéndonos: “Declaramos, pronunciamos, definimos que la doctrina que afirma: que la Santísima Virgen María en el primer instante de su concepcion..... fué preservada y libre de toda mancha de la culpa original, ha sido revelada por Dios.” María es nuestra protectora y abogada llena de poder y de bondad: Pío es el Pontífice devoto de María, que para que recurramos á ella, para que la invoquemos, nos dice: (1) “Oigan nuestras palabras to-

(1) Carta apostólica, etc., pág. 94 de la traduccion publicada por T. S.

“ dos nuestros amados hijos de la Iglesia Católica; perseveren, y con un ardor aun más vivo de piedad, de religión y de amor, honrando, invocando y orando á la Bienaventurada Virgen María Madre de Dios, concebida sin mancha original, y acudan con entera confianza á esta dulce Madre de gracia y de misericordia en todos los peligros, las angustias, necesidades, temores y tribulaciones suyas. Nada hay que temer, jamás hay motivos de desesperar cuando se camina bajo la conducta, los auspicios, el patrocinio y la proteccion de Aquella que teniendo para con nosotros un corazón de madre, y encomendándose del negocio de nuestra salvacion, extiende su solicitud á todo el género humano. Establecida por el Señor, Reina del cielo y de la tierra, exaltada sobre todos los coros de los ángeles, y todos los órdenes de los Santos; sentada á la diestra de su Hijo único nuestro Señor Jesucristo, sus súplicas maternales tienen una fuerza omnipotente: lo que quiere ella, lo alcanza; no puede pedir en vano. ”Estas son las últimas palabras que el Soberano Pontífice dirigió á la Iglesia en tan solemne ocasion; con ellas tambien termino mi discurso, pidiendo de nuevo al Espíritu Santo lo haga provechoso para vosotros, hermanos míos, haciendo que siempre seais muy verdaderos y perfectos devotos de la Santísima Virgen Madre de Dios, y tengais un filial respeto y sumision al Vicario de Jesucristo, el Romano Pontífice.—  
ASI SEA.

Gardida. En la publicada con el edicto del Illmo. Sr. Arzobispo, este párrafo tiene el mismo sentido, pero está más conciso; acaso el traductor de Gardida hizo una paráfrasis más bien que traduccion literal; yo preferí su traduccion por ser más oportuno para el fin del discurso.